

Odres nuevos para conceptos viejos

MIGUEL ANGEL GARCIA CALAVIA*

Resumen:

En este artículo se examinan los paralelismos entre las perspectivas teóricas sobre la sociedad industrial de los años sesenta y los paradigmas productivos que han emergido en las dos últimas décadas del siglo veinte. En este sentido, se expone en primer lugar la singularidad que encierran la tesis del desarrollo convergente y la de la automatización para explorar a continuación tanto las correspondencias entre estas perspectivas y las paradigmáticas de fin de siglo. Finalmente, se exponen algunas implicaciones epistemológicas que ha tenido la reciente reedición de aquellas viejas teorías.

Palabras clave: *Teorías sociedad industrial, paradigmas productivos, armonía social.*

Abstract:

The parallels between the theoretical perspectives of industrial society of the 1960s and the paradigms of production that have emerged over the last two decades of the 20th century are examined in this article. The

* Departamento de Sociología y Antropología Social. Universitat de Valencia (Estudi General).

author first presents the unique aspects of theories of converging development and of automation and then goes on to explore both the correlation between these two perspectives and the paradigms at the end of the century. Finally, the author puts forward certain epistemological implications that the recent re-edition of these old theories has had.

Key words: Industrial society theories, paradigms of production, social harmony.

1. UNA REFLEXION A PROPOSITO DE LA REEDICION DE LAS TEORIAS DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL EN LOS PARADIGMAS PRODUCTIVOS DE FIN DE SIGLO

Uno de los hechos más sorprendentes del último cuarto de siglo en el ámbito de las ciencias sociales del trabajo ha sido la coincidencia de una serie de perspectivas analíticas en la valoración de los cambios habidos en el mundo del trabajo en un entorno de reaparición neoclásica de la economía de empresa, de fuerte incremento de la competencia entre las fuerzas de mercado (capitales) y de desregulación del empleo. Han supuesto y han impuesto una única tipología a la diversidad de realidades sociales del trabajo en la que defienden un periodo de emergencia de nuevas flexibilidades, una ruptura con el pasado, del largo periodo fordista o de la producción en masa a otro postfordista o de la producción diversificada y apuntan la convergencia hacia una fase de crecimiento y de estabilidad social. Asimismo, resulta significativo que casi todas estas perspectivas, se asientan en la idea de transformaciones de la sociedad industrial. Y ello, a pesar de la reiterada invocación de la terciarización de la economía.

¿Cómo es posible que esta metateoría de un sólo sentido presente en los modelos de la “empresa flexible”(Atkinson, J. 1986), de la producción ligera (Womack, Jones y Roos, 1992), de la especialización flexible (Piore y Sabel, 1990) o de los “nuevos conceptos de la producción”(Kern y Schumann, 1988) no haya suscitado más interrogantes? ¿Por qué se ha impuesto esta nueva ortodoxia?

La lógica de este consenso ideológico tan amplio es compleja. Su examen remite a la correlación entre teoría, evolución concreta de las políticas y las propias prácticas. Una parte de sus distintos aspectos ha sido abordada críticamente. Se han confrontado sus premisas

teóricas con las prácticas. Ha sido lo más frecuente. Un resumen se puede seguir en lo que se refiere al Estado Español en Iranzo y Blanco, 1997 y en Castillo, J.J. y otros (2000). También, se ha analizado las limitaciones teóricas que contienen esos planteamientos y su carácter fuertemente ideológico (Hyman, 1994 y Prieto, 1992). Por último, se ha examinado la correspondencia entre producción teórica y reactivación de las políticas económicas neoclásicas en los setenta (Bilbao, 1993). En estas aproximaciones críticas, se ha puesto de manifiesto que la teoría se erige en un sistema de enunciados desde los que se unifican las diferentes prácticas. Ahora bien, hay otro aspecto de carácter ideológico y político, presente en esa lógica y no suficientemente analizado: la genealogía de los propios presupuestos teóricos y su significado. En este sentido, la preocupación por los periodos de estabilidad interrumpidos por cortes radicales corresponde a un modo de explicación fundamentalmente funcionalista que concibe la sociedad como una realidad armoniosa y no conflictiva. Uno de sus mejores exponentes lo constituyen las teorías de la sociedad industrial. El resultado es la proyección de una imagen de consenso social, tanto del pasado como del futuro, sólo interrumpido por cambios ocasionales de dirección. Esto es lo que reproducen de una forma u otra, esas perspectivas analíticas. La consecuencia de una ruptura radical con el pasado en un contexto caracterizado por una preocupación analítica por la novedad y el cambio, y por la inexistencia de una perspectiva histórica sobre la importancia de la flexibilidad del trabajo y del mercado, han consolidado una imagen nostálgica de estabilidad y armonía en el pasado, y de estabilidad y crecimiento en el futuro basada en la flexibilidad, frente a la actual de vacilación e incertidumbre.

Por ello, en las próximas líneas se va a proceder a revisar la tradición teórica de la sociedad industrial y de sus propuestas modélicas de equilibrio e integración social para a continuación poder establecer algunas de las correspondencias con los actuales planteamientos paradigmáticos.

2. EL INDUSTRIALISMO PLURALISTA: LA TESIS DE LA CONVERGENCIA ECONÓMICA

La idea de “sociedad industrial” creada por A. Comte fue reelaborada a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta por

científicos sociales americanos y europeos en el contexto de la crítica liberal al marxismo contemporáneo. Para una parte de ellos, el objetivo principal era demostrar que los análisis marxistas del capitalismo actual no sólo eran inadecuados empíricamente, sino conceptualmente restrictivos y erróneos. Sus reformulaciones se articulaban alrededor de la teoría del crecimiento económico¹. Consideraban que todas las sociedades avanzadas tenían rasgos estructurales semejantes relacionados con la producción industrial a gran escala. Entre otros, la introducción de un modo peculiar de división del trabajo, la división tecnológica en la empresa; la acumulación de capital que ésta supone; y el cálculo económico como principio que rige la misma (Aron, R., 1971: 81-82)². En este sentido, el desarrollo de la producción, fundado sobre la racionalización técnica y la organización económica, era considerado el principio de legitimidad de la sociedad industrial (Touraine, 1972: 35).

Para otra parte de críticos liberales, la orientación analítica expuesta no era suficiente; nada más era un primer paso. Su objetivo era formular una teoría de la sociedad industrial, de carácter similar al de la teoría marxista del desarrollo capitalista, pero que fuera capaz de trascenderla en su alcance y en su capacidad explicativa. Su síntesis más acabada probablemente sea la obra de Kerr, Dunlop, Harbison y Myers, *Industrialismo y hombre industrial*. En ella, reconocen la importancia epistemológica que tiene la aplicación marxista de los métodos deductivos para el análisis del desarrollo económico y social, si bien a la vez cuestionan directamente las propias concepciones de Marx sobre esos procesos ya que es necesario apreciar de manera distinta las actuales sociedades después de haber experimentado un largo proceso de industrialización. En primer lugar, con respecto al

¹ En ese tiempo, el libro de W. W. Rostow, *Las etapas del crecimiento económico*, se convirtió en un texto muy leído y discutido en todo el mundo.

² Los otros dos rasgos apuntados eran la separación del círculo familiar y el lugar de trabajo, y la concentración obrera en este último.

³ El concepto marxiano de fuerza productiva remite a la capacidad de trabajar real de los hombres vivos, es decir, a la capacidad de producir mediante su trabajo y con la utilización de determinados medios materiales de producción y en una forma de cooperación determinada para la satisfacción de las necesidades sociales de la vida. (Esto) quiere decir, en condiciones capitalistas, la capacidad de producir “mercancías”. Por tanto, todo lo que aumenta esa capacidad humana de trabajar es una nueva “fuerza productiva” social. (En este sentido, cuentan) entre las fuerzas productivas materiales, junto a la naturaleza, la técnica, la ciencia, ante todo la organización social misma y las fuerzas creadas en ella por cooperación y división industrial del trabajo (Korsch, K. 1975: 211-212).

cambio social consideran que su impulso fundamental no reside en las contradicciones entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción³, en las que aquellas actúan y se desarrollan, sino en las exigencias universales de la racionalidad tecnológica y económica -“el gigante de la industrialización pasa por el mundo, transformando casi todas las características de todas las sociedades más antiguas y tradicionales”(1967: 35)-.

En segundo lugar, en relación a la acción social, el proceso mediante el que se lleva a cabo el cambio histórico no es el de la movilización y el conflicto de clases (lucha de clases), sino el de la dirección de las élites industrializantes y el de la respuesta de las masas

-“el industrialismo lo introducen élites nativas o foráneas, grupos de hombres que pretenden conquistar la sociedad a través de la superioridad de los nuevos medios de producción”(1967: 56); “los gerentes industriales, públicos o privados,...., tienen...el papel

más decisivo y significativo en la industrialización. ... La iniciativa de la revolución tecnológica ... se concentra principalmente en (sus manos”(1967: 37-38)-.

Y por último, el horizonte que percibían no era el de la transición revolucionaria del capitalismo al socialismo, o a la sociedad sin clases, sino el de la convergencia evolutiva de todas las sociedades modernas hacia la “sociedad industrial” cuyas principales características serían: 1^a) mayores niveles de cualificación y responsabilidad requeridos por las nuevas tecnologías a la fuerza de trabajo y por tanto, aumento del número de ocupados con estos rasgos; 2^a) un crecimiento, cuantitativo y cualitativo, del personal técnico y directivo que exige un grado cada vez mayor de educación formal y como consecuencia, una transformación de la estructura social; 3^a) la relevancia de los gerentes de empresa; 4^a) la declinación de la protesta abierta a medida que los trabajadores se acostumbran a la industrialización y 5^a) la perpetuidad de las clases ya que este tipo de sociedad, cualquiera que sea su forma política, requiere tecnólogos altamente cualificados y trabajadores menos cualificados, dirigentes y dirigidos (1967: 36-39)⁴. Se configura así el modelo general de sociedad más coherente con los imperativos

⁴ Otras características de la sociedad industrial eran más prosperidad y tiempo libre, la omnipresencia del Estado y de su burocracia ya que la industrialización la requiere y la perfecciona y la multiplicidad de caminos para llegar a la misma.

funcionales que imponen una tecnología y una economía que funciona racionalmente. Estos presupuestos se pueden ver reproducidos fácilmente en los planteamientos de los paradigmas productivos de fin de siglo.

Por otro lado, los autores de *El industrialismo y el hombre industrial* aspiraban a que su teoría, al igual que procuraba el marxismo, proporcionara una base objetiva para consideraciones políticas. En este sentido, pretendían justificar los valores encarnados en el industrialismo en los fundamentos funcionales y evolutivos derivados de su filosofía. Desde su perspectiva, estos valores se estarían manifestando en el desarrollo social como los más consistentes con la “lógica” del industrialismo.

Estas consideraciones resultaron controvertidas ya en su tiempo, sobre todo a finales de los sesenta cuando el largo periodo de crecimiento económico sostenido y de estabilidad social posterior a la IIª Guerra Mundial entra en crisis en esos años. Sus críticos realizaron importantes objeciones contra la tesis de los teóricos liberales del industrialismo de que se estaba produciendo una convergencia entre las sociedades del mundo industrial a partir de la evidencia empírica y en esta medida, comenzaron a cuestionar también la lógica funcional implícita en dicho modelo. Reacción que también se ha producido frente a la emergencia de los paradigmas productivos. A este respecto, las críticas no consistieron únicamente en objeciones empíricas a la tesis de la convergencia, sino también conceptuales, especialmente contra sus propuestas en tres ámbitos: el de los cambios en la estratificación social y sus consecuencias, el de la representación de los intereses y el de las relaciones laborales y la organización que resulta especialmente significativo para el presente artículo.

En las perspectivas teóricas del industrialismo se consideraba tal como se ha expuesto, que para afrontar la producción de manera previsible se tenía que realizar en una gran empresa organizada burocráticamente, gestionada por un equipo de dirección profesional y en la que además, el uso de la fuerza de trabajo estuviera regulado por medio de una compleja “red de normas” que habrían sido negociadas al menos una parte, con los representantes sindicales (Kerr y otros, 1967: cap. 10).

Conforme se impone la lógica del industrialismo, las economías se unifican progresivamente y los procesos sociales subyacentes al fun-

cionamiento de las unidades productivas y de los mercados se hacen cada vez más homogéneos.

Las réplicas a estos planteamientos uniformizadores no se hicieron esperar. Diversos autores demostraron que, precisamente, en esos años de crecimiento económico sin precedentes, persistieron las tendencias al dualismo, entendidas como la persistencia y ampliación de ámbitos económicos en los que las fuerzas del mercado y las relaciones de autoridad y control han operado más libremente que en otros compensando así en realidad, las rigideces que predominan en estos últimos.

Una de las áreas en la que se expresaban estas tendencias al dualismo era la cubierta mediante el trabajo emigrante. Su existencia fue muy relevante para el crecimiento económico sostenido de buena parte de los estados centroeuropeos. Los trabajadores emigrantes del Sur de Europa o de las antiguas colonias europeas no solo evitaron que se refrenara el despegue de algunas ramas productivas por falta de mano de obra, sino que, sobre todo, aportaron una fuerza de trabajo muy flexible en su oferta, sensible a los incentivos económicos y dócil a la gestión empresarial⁵. Según Kindleberger⁶, la disponibilidad de este tipo de trabajadores incentiva la inversión, permite elevados beneficios y reactiva la inversión, cerrando el círculo. Además, el mismo Kindleberger destaca que cuando los empresarios pueden recurrir fácilmente al trabajo migrante, la posición negociadora de los trabajadores autóctonos se debilita, cualquiera que sea su grado de organización. Y así, donde los teóricos liberales veían en la moderación de las reivindicaciones salariales de los sindicatos alemanes en los años cincuenta y sesenta un síntoma de “madurez”, Kindleberger percibía la dura realidad de la composición de la oferta de trabajo. Actualmente, a pesar de los controles más estrictos sobre la emigración, y del retorno de una parte de estos trabajadores emigrantes a sus países de origen, las personas que han nacido fuera del país de residencia representan entre un cinco y un quince por ciento de la población total de la mayoría de los principales países de Europa Occidental, y constituyen en general una proporción significativa de la fuerza de trabajo.

⁵ Una aproximación a este fenómeno se puede inferir de la excelente descripción que Gunter Walraff hace veinte años después en *Cabeza de turco*.

⁶ Citado en Goldthorpe, J. (1991, pág 450).

Precisamente, por la importancia que tienen los trabajadores emigrantes, no está de más hacer referencia en la actual coyuntura a su condición de “reserva de mano de obra”, permanentemente disponible en las sociedades capitalistas de nuestros días, expuesta por completo a las fuerzas del mercado y a la autoridad de la gerencia y de los empresarios.

En ese sentido, cómo no percibir unas circunstancias, al menos semejantes, tras las entusiastas saluciones que han realizado no pocos científicos sociales del temperado sindicalismo de las últimas décadas.

Unos años más tarde, otros autores pusieron de manifiesto que determinadas formas de producción, en pequeñas empresas e incluso en el propio domicilio, estaban experimentando un importante desarrollo en el entorno de dificultades económicas de los setenta, lo que contradecía la tendencia apuntada por los teóricos liberales de la industrialización, de una producción cada vez mayor en grandes empresas en las sociedades industriales. Esto suponía también el desarrollo de unas relaciones laborales determinadas cada vez más por las fuerzas del mercado o sujetas a las decisiones empresariales, en lugar de “gobernadas” por normas.

A partir de lo anterior, resulta evidente que las tendencias dualistas en las sociedades contemporáneas suponían un importante cuestionamiento del modelo de industrialismo pluralista que era el centro del desarrollo convergente para Kerr, Dunlop, Harbison y Myers. Estos prescribían la constante mejora del empleo y la institucionalización de las relaciones laborales que ellos consideraban una consecuencia de la lógica del industrialismo. Sin embargo, es evidente que no supieron captar las fuerzas centrífugas dentro del capitalismo, ni tampoco consiguieron anticipar lo que su lógica ha requerido, la ampliación de la franja de trabajo que puede ser tratada como mercancía.

3. LA FUERZA DE LA AUTOMATIZACIÓN

En el contexto de las teorías liberales del industrialismo, se acaba de ver la centralidad que se le otorga a la tecnología. A este respecto, no son pocos los autores que observan su impacto sobre la configuración de la estructura organizativa o sobre el grado de satisfacción e

integración de los trabajadores de manera optimista. Más aún, la tesis de la automatización formulada en esos mismos años, fue interpretada como una discontinuidad con varios elementos de la producción en serie, con la opresión que encierra. Su discurso no solo hace referencia a la aparición del control electrónico y a los sistemas de información; es decir, a cambios técnicos en la producción, sino también a dimensiones de naturaleza social, política que cuestionaban los principios constitutivos de la producción en serie. El diferente énfasis en unos u otras configuran distintas variantes de la tesis de la automatización. El recalcamiento de la automatización dará lugar a la versión americana mientras que la reintroducción de cierta autonomía del trabajo, asociada con las innovaciones tecnológicas, producirá la versión francesa.

3.1. La versión americana: R. Blauner

En el contexto de las teorías liberales del industrialismo, los cambios tecnológicos en la organización productiva se caracterizaban por ser socialmente neutros. Robert Blauner argumentaba que los mismos se determinaban por tres factores: el estado de los procesos científicos y mecánicos, la naturaleza del producto y los recursos económicos y de ingeniería propios de cada empresa; es decir, por factores técnicos y económicos. En esta argumentación no se tenía pues, en cuenta como podía influir el conflicto social en el cambio de sistema tecnológico.

El punto de partida de Blauner era su creencia en “la tendencia a largo plazo hacia una intensificación de la mecanización”(1964: 8) lo que representaba una concepción evolucionista de la tecnología si bien consideraba que la automatización estaba determinada de algún modo por el mercado del producto. Su tesis, al igual que la de los promotores del modelo industrialista, hace referencia a la comunidad de intereses y la integración social de los trabajadores en el trabajo en la que cree y reconoce explícitamente (1964: 185). A este respecto, recupera las preocupaciones y la terminología de Durkheim. Ambos fenómenos son relacionados con diferentes sistemas tecnológicos: el artesanal, el basado en la máquina, el de la cadena de montaje y el de proceso continuo. El desarrollo de la solidaridad social es alto en la producción artesanal, decae en la producción en serie para elevarse de

nuevo con la producción en proceso y con la automatización que encierra. Con ello, destaca una diversidad de formas o sistemas productivos. En este contexto, Blauner reconocía la influencia que tenía la demanda del producto sobre el grado de integración social de los trabajadores ya que tanto una como otra estaban relacionadas con el sistema tecnológico y sostenía que cuanto más estable era la primera mayor era la segunda lo que constituye un cierto distanciamiento de los actuales paradigmas productivos. Así, Blauner asume la propuesta de Bright acerca de la influencia del mercado del producto sobre las tendencias tecnológicas.

La insatisfacción en el trabajo, principal objeto de análisis de Blauner, no era ignorada si bien se veía limitada y no se consideraba contradictoria con la realidad de las sociedades industriales caracterizada por la exigencia de mayores niveles de destreza, una dirección más humanizada y una difusión del poder y la responsabilidad. En este sentido, sostenía que la “alienación” ha seguido una trayectoria que podía representarse gráficamente mediante una curva con forma de U invertida. Alcanzó su máximo desarrollo con la industria de montaje de las primeras décadas del siglo XX. Sin embargo, a medida que las industrias se automatizaban, la alienación disminuía - como la U invertida - (1964: 6).

Blauner reduce así, la alienación a “una cualidad de experiencia personal que resulta de tipos específicos de ordenamientos laborales (1964: 15) y que encuentra solución en los mismos. En otras palabras, define a la alienación como una experiencia psicológica, personal, como algo que el trabajador siente y que está en la mente del trabajador, y no como una característica estructural de la sociedad capitalista. Con ello, ha operativizado un concepto propio de la economía política en otro de naturaleza sociosicológica, lo que supone un rechazo del marxismo en favor de una ciencia social subjetiva.

Así pues, a través de esta orientación hacia la integración social de los trabajadores y la anomia, Blauner encuentra una solución potencial en determinados sistemas tecnológicos, la producción artesanal y la producción en proceso continuo - auténtico paradigma de la automatización -, al carácter contradictorio que encierra la mercancía fuerza de trabajo. En cierto sentido, estos planteamientos registran una línea de continuidad argumentativa en las investigaciones de Joan Woodward y sus compañeros del Imperial

College de Gran Bretaña (1965) que vieron igualmente en la naturaleza de la tecnología productiva el principal determinante del carácter de las tareas específicas, de la estructura organizativa, de la experiencia de los trabajadores con respecto a su empleo y en definitiva, de las relaciones laborales. Sus investigaciones les llevaron a inventariar los tipos de tecnología según su grado de complejidad y a relacionarlos con los modos de control. A este respecto, los sistemas de control fueron adquiriendo cada vez más importancia a medida que se desarrollaban los estudios, hasta el punto que fueron considerados como la variable que explicaba la relación entre el comportamiento organizativo y la tecnología. Su nivel de fragmentación y personalización era lo que explicaba el grado de conflictividad laboral.

En la evolución de la tecnología, percibían una tendencia a largo plazo a pasar de las formas más sencillas correspondientes a la producción unitaria y en pequeñas series a las más complejas de la producción en proceso y automatizada. Woodward consideraba que esta evolución tenía consecuencias positivas para el futuro de las relaciones laborales ya que cuanto más avanzada fuera la tecnología, más fácil le sería a la dirección de la empresa estructurar la organización del trabajo atendiendo a las necesidades sociales. También, más evidente sería para los trabajadores el significado del trabajo. Por último, más probable sería que las formas de control de la organización fueran de un tipo integrado y mecanizado minimizando la necesidad de una supervisión directa y aumentando la armonía social.

Estos planteamientos contrastan con los de determinados autores franceses de posguerra, especialmente los de inspiración marxista, que también estudiaron las consecuencias de la automatización para la división del trabajo, la alienación de los trabajadores, las relaciones sociales de producción.

3.2. La variante francesa: Mallet y Touraine

Mallet percibe en la automatización fundamentalmente una discontinuidad que, aunque no garantiza la autonomía de los trabajadores en el ejercicio de sus funciones, produce formas de trabajo y de acción industrial que aumentan la posibilidad de control de los

trabajadores que la producción en serie ha debilitado. Mallet, como Gorz, percibe en aquel tipo de producción el nacimiento de la nueva clase trabajadora compuesta por obreros técnicos y polivalentes con nuevas formas de remuneración, cualificaciones específicas para cada industria y un mayor grado de seguridad en el empleo. La automatización invierte así, la tendencia a la fragmentación, la descualificación, la subordinación del trabajador al ritmo de la línea de montaje. Las cualificaciones no están vinculadas a élites profesionales, sino a grupos específicos del sector, y se aprenden con la práctica. La preocupación de Mallet por la automatización se debe a su función de mediación y de cambio. Los obreros de las industrias más antiguas no “pueden formular una alternativa positiva a la nueva sociedad capitalista... Sólo los grupos sociales integrados en los procesos sociales más avanzados... se encuentran en condiciones de denunciar las múltiples formas de alienación y considerar formas superiores de desarrollo”(1973: 16). Es decir, mientras que Blauner percibe en la automatización una solución del conflicto de clases, Mallet considera la integración del trabajador en el proceso automatizado como contradictorio ya que “produce las posibilidades objetivas para el desarrollo de la autogestión de la producción pero a la vez se ve limitada por unas jerarquía “tecnoburocráticas”, la rentabilidad inmediata y la propiedad privada (1973 :93). Así pues, a Mallet le preocupan sobre todo las nuevas condiciones de la lucha de clases creadas por la automatización más que las condiciones técnicas en tanto que tales.

Los planteamientos de Mallet contrastan con los de otro autor francés, Touraine, que examina también el grado de continuidad o discontinuidad entre los sistemas productivos pero centrándose en ciertos aspectos, como las etapas en la evolución de las cualificaciones. En ese sentido, considera que la automatización constituye una continuidad con la producción en serie pero también una ruptura con ella. En sus estudios de los cambios en la cualificación de la industria del automóvil, Touraine sostiene que la producción en serie ha favorecido la promoción a nivel de planta o empresa, al ampliar las posibilidades de formación para los trabajadores no cualificados, posibilidades que la producción artesanal había bloqueado; y a la vez impone unas condiciones previas necesarias para la automatización de manera que la producción bajo esta última ya no permite la reproducción de las condiciones arte-

sanales de producción. Con respecto a la autonomía, los trabajadores de “oficio” poseen una cualificación técnica individual y la defienden gremialmente contra las ofensivas del capital. Bajo la producción automatizada, el trabajo propiamente dicho tiene una orientación y un valor que dependen completamente de factores sociales.

La automatización proporciona, según Touraine, un entorno técnico estable en el que se pueden definir diversas estructuras organizativas y relaciones laborales. Analíticamente, distingue dos elementos en las relaciones laborales que tienen lugar bajo la producción automatizada: el puesto de trabajo, que es considerado como un medio estrictamente social, ya que se ha despojado al trabajador de sus cualificaciones para transferirlas a la maquinaria y a la estructura organizativa; y la actitud de los trabajadores hacia el trabajo. En su discurso, Touraine considera que la automatización “soluciona” de algún modo objetivo los problemas técnicos de la producción, de manera que lo único que queda por resolver es la cuestión subjetiva de las actitudes personales. Se trata, evidentemente, de un supuesto falso al igual que su consideración del proceso de trabajo que si bien reconoce dos de sus dimensiones, la tecnología y la mano de obra, omite sin embargo, otras dos que también conforman la organización laboral: la demanda del producto y el tipo de gestión empresarial.

Por último, la opción social o el elemento contingente de la automatización implica que “todas las ideologías estrechas de gestión... e incluso, la misma división entre técnicos y trabajadores, podría superarse con actitudes correctas hacia el trabajo. Estas actitudes son conformadas por la educación y las políticas empresariales, pero no por la lucha de clases. Así, Touraine se encuentra próximo a Blauner en este planteamiento voluntarista, pero lejos de Mallet ; se revela afín al enfoque ortodoxo de las relaciones sociales, pero distante del marxista.

4. EL CONTEXTO DE LOS ANTIGUOS MODELOS DE INTEGRACIÓN SOCIAL

Tanto la tesis del desarrollo convergente como las de la automatización, guardan una estrecha relación con el complejo entrelaza-

miento de fuerzas políticas, sociales y culturales del largo periodo de posguerra. Sus autores defendían implícitamente que los problemas de ajuste de las economías capitalistas se habían solucionado a partir de la mejora de las técnicas de gestión económica que habían seguido a las políticas keynesianas, así como de la creciente facilidad de los gobiernos para llevarlas a cabo. En un caso, se trata de un modelo social. En otro, de un modelo organizativo. En ambos casos, su fundamento es la racionalidad tecno-económica. Por ello, los procesos que suponen no solo están dirigidos por élites, sino que las requieren. La conclusión que subyacía en sus planteamientos era que desarrollo económico y estabilidad social eran compatibles. Por tanto, los intereses son integrables socialmente. Asimismo, suponían también que los acuerdos a los que se había llegado entre capital y trabajo, o entre organizaciones empresariales y sindicales, adquirirían un estatus prácticamente permanente en ese futuro. Estos acuerdos implicaban garantías para los trabajadores de que los gobiernos habían asumido la responsabilidad de la seguridad económica y social de sus ciudadanos por un lado, y por otro, de la mejora continua de sus niveles de vida materiales mediante un crecimiento económico sostenido.

Es decir, en estos discursos no sólo no tenía cabida, sino que ni tan siquiera era imaginable la profunda convulsión social que sacudiría buena parte del mundo pocos años después, a finales de los sesenta. Esta intensa conflictividad social no sólo cuestionó este pronóstico, sino que puso de manifiesto claramente tanto las tendencias divergentes en el desarrollo social, como la profunda insatisfacción social que existía.

De todas maneras, conviene recordar la precisión que con respecto a la tesis del desarrollo convergente ha efectuado J. Goldthorpe (1991), puesto que además sirve también para la de la automatización. No se trata tanto de plantearse su fragilidad como consecuencia del deterioro de los indicadores económicos de las sociedades industriales, sino de considerar que los mismos problemas de “inflación” que acosaban entonces y acosan ahora a las sociedades occidentales son problemas generados endógenamente en ellas mismas, y a través de procesos que ya estaban en marcha durante el periodo de posguerra, pero que los partidarios de estas tesis no fueron capaces de captar porque estaban mal equipados conceptualmente.

5. ALGUNAS CORRESPONDENCIAS ENTRE LOS ANTIGUOS MODELOS DE INTEGRACIÓN SOCIAL Y LOS NUEVOS PARADIGMAS PRODUCTIVOS

Los discursos de los paradigmas productivos que han venido siendo defendidos en las dos últimas décadas recogen estos supuestos. Todos ellos, desde la especialización flexible a la producción ligera pasando por el modelo de la empresa flexible o el de los “nuevos conceptos de producción”, coinciden en que la producción converge hacia la flexibilidad en tanto que constituye la tendencia principal unificadora, si bien se utilizan términos diferentes para describir el nuevo periodo. En gran medida, constituye la reproducción no sólo del fenómeno que tuvo lugar cuando surgieron las tesis del desarrollo convergente en los sesenta, sino del que aconteció en la segunda mitad de los setenta cuando aparecieron las teorías del postindustrialismo, también denominadas “teorías de la reconvergencia”. Aunque asentadas sobre diversos presupuestos, el predominio de los “servicios” o de los “conocimientos”, y con diferentes nombres para las sociedades futuras, todas coinciden a la hora de señalar enfáticamente una transición hacia un nuevo equilibrio funcional.

El modelo de la empresa flexible admite un periodo de rigidez de la producción y del empleo que se muestra incapaz de afrontar la nueva incertidumbre del mercado, y que deja paso a una forma de sinergia basada en un mercado dual de trabajo funcionalmente equilibrado dentro de la empresa.

El modelo de la especialización flexible presupone la existencia de un periodo de producción en masa que, en general constituyó un sistema estable, donde la amplitud del mercado, el modo de trabajar y el tipo de tecnología se interrelacionaban de forma armoniosa; la ruptura del equilibrio entre estas fuerzas ha dado lugar a la crisis de este modelo de producción pero ha abierto paralelamente el camino para una nueva fase de crecimiento estable y armonía funcional, la especialización flexible.

El modelo de la producción ligera, también reconoce implícitamente la existencia de un periodo en el que se producen determinados bienes y de cierta manera que estaría dejando paso a otro en el que utilizando nuevas fórmulas organizativas se estarían produciendo bienes de consumo, de calidad y cada vez más baratos ; principalmente, coches. La fórmula organizativa habría consistido en la mini-

mización de los factores productivos utilizados y en el aumento de la flexibilidad, la producción ligera.

Incluso en el discurso alemán de los “nuevos conceptos de producción”, en el que la politización de la racionalización ocupa un espacio importante, sus autores plantean que sectores importantes de la industria se encuentran actualmente ante una situación en que ni el mercado ni el producto permiten ya una racionalización siguiendo el modelo taylorista. Es la valorización misma del capital la que requiere una utilización de la mano de obra puesta al día, una nueva racionalización productiva. Cuanto más se avanza hacia productos de calidad, de gran complejidad, hacia un empleo a gran escala de las nuevas tecnologías, más se reorientan las concepciones de un uso óptimo del trabajo hacia definiciones más globales de las tareas y un recurso más flexible de la mano de obra.

Es decir, cualquiera que sea la caracterización que se haga de la nueva fase, en términos de “especialización flexible”, de “nuevos conceptos de producción”,..., de producción ligera, se observa el supuesto de un periodo previo de armonía que deja paso a la crisis y a una resolución de la misma que converge en ciertas formas de flexibilidad de la producción y del trabajo. Este esquema analítico responde a un modelo estructural-funcionalista de fases sucesivas de integración y desintegración estructural. Y aunque sus autores buscan distanciarse de alguna manera del fuerte determinismo tecnológico que aqueja especialmente a los autores liberales americanos, sin embargo, reproducen los choques que establecen entre sus tipologías universales -producción artesanal, en serie, automatizada y de proceso continuo - y la contingencia de la historia.

En todas ellas, la tecnología y la economía que funcionan racionalmente, imponen dictados funcionales. Al igual que hicieron Blauner y Touraine, sus autores convierten la tecnología en panacea y sobre todo, han destacado la importancia de los mercados en la estructuración del proceso de trabajo y las condiciones de empleo de los trabajadores, si bien los planteamientos varían entre unos y otros cuando se trata de especificar las características de la demanda.

Asimismo, la interpretación de los defensores de estos paradigmas que implican un corte radical con el pasado, se encuentra en la línea del voluntarismo y de la contingencia de los teóricos liberales del industrialismo y la automatización. Su razonamiento sobre la exten-

sión de esos paradigmas, especialmente en el caso de la especialización flexible y de los “nuevos conceptos de la producción”, se construye sobre “consideraciones estratégicas” de los actores sociales; sobre variables como la confianza, la lealtad o la solidaridad hacia la comunidad productiva, Ahora bien, esta construcción remite a un contexto sicologista que refleja, en cierta medida, el deseo de sus autores, de evitar el determinismo tecnológico o económico y promover una alternativa diferente lo que resulta completamente inadecuado ya que intenta integrar el lenguaje de la elección individual en un discurso sobre los actores colectivos y la acción política. El contexto individualista de la teoría conductista no puede armonizarse con un enfoque más amplio de transformación estructural y política. Es decir, sus perspectivas, como las de sus antecesores, se quedan en una mezcla insatisfactoria de determinismo y voluntarismo.

En este contexto, al igual que Kerr y el resto de defensores del desarrollo convergente, los promotores de las interpretaciones paradigmáticas dirigen sus planteamientos sobre todo a los gerentes de las empresas a los que consideran agentes estratégicos clave. De sus planes de trabajo, que no de la presión obrera, dependen la dirección estratégica de la tecnología y las condiciones de la estructuración del trabajo, lo que repercute en beneficio de todos. Como en el pasado, estas élites son consideradas los agentes del cambio.

Así pues, las interpretaciones actuales sobre la reestructuración productiva poseen estos rasgos voluntaristas y comparten esta redefinición sociopsicológica de la alienación.

De todas maneras, lo más destacado en esta línea discursiva es que desde Piore y Sabel hasta Womack, Jones y Roos, pasando por Atkinson y Kern y Schumann, creen, al igual que los teóricos liberales del industrialismo y de la automatización en la compatibilidad de los intereses de los trabajadores y los empresarios en la búsqueda de un futuro común de crecimiento económico. Esta creencia se refleja en una ausencia de una consideración del conflicto dinámico de clases o del trabajo como agente activo en sus textos. Dentro de ellos, algunas de las novedades apuntadas en las estructuras e identidades del trabajo, como la emergencia de una mano de obra central y periférica, la reprofesionalización de los trabajadores, la irrupción de trabajadores polivalentes..., han sido defendidas sin demasiadas pruebas a su favor, al igual que sucediera con determinadas premisas del industrialismo, como pusiera de manifiesto H. Braverman. Careciendo de evidencias

concretas, esta defensa se ha centrado en presupuestos muy esquemáticos y especulativos.

6. ALGUNAS IMPLICACIONES EPISTEMOLÓGICAS

Por todo ello, lo significativo debiera ser no tanto interrogarse sobre si ha habido cambios en la gestión de la mano de obra en estos últimos años, que los ha habido, entre otros la intensificación del trabajo, la descualificación, la recualificación, el crecimiento de la inestabilidad en el empleo, un aumento de la demanda de versatilidad y movilidad laboral, el incremento de la vulnerabilidad del trabajo o modificaciones en la correlación de fuerzas, sino preguntarse primero, si la integración de todos estos cambios desiguales, en su alcance y sentido, y muchas veces experimentales, constituyen una tendencia global, una convergencia hacia la flexibilidad, y segundo, si hay una base sólida para defender la emergencia de una nueva época basada en dos tipos de trabajo y trabajadores, el nuclear compuesto por trabajadores básicos, funcionalmente flexibles, interesados ideológicamente en los objetivos del empresario, y el periférico, conformado por trabajadores marginales tanto desde el punto de vista de la producción como del análisis; especialmente, para sostener la supuesta realidad de los primeros, ya que resultan figuras centrales en los recientes discursos paradigmáticos, como sucediera en la fábrica automatizada de Blauner o en la industria de Kerr y del resto de autores del industrialismo, en tanto que presupuesto fundamental de la nueva teoría del equilibrio y del resurgimiento industrial.

Hay evidencia suficiente sobre el crecimiento de las formas vulnerables del trabajo; ahora bien, no se ha podido demostrar fehacientemente el proceso que se ha descrito con respecto al núcleo. Frente a la tesis de Braverman de una tendencia general a la degradación del proceso de trabajo en el capitalismo, se ha defendido en los modelos de transformación de finales de siglo, la existencia de un nuevo ámbito para el desarrollo de las cualificaciones que confieren a los trabajadores básicos un papel decisivo en la reestructuración productiva y una posición central dentro de la mano de obra. De momento, la evidencia es muy contradictoria y aunque la situación de las diferentes zonas y sectores varía, las pruebas sobre los cambios en el proceso de trabajo apunta más bien a un “núcleo que se reduce y que ve

socavarse sus propios cimientos” en el que los trabajadores van perdiendo posiciones y condiciones disfrutadas en otro tiempo. Así pues, la realidad parece que está bastante alejada de esa imagen de polarización entre un núcleo privilegiado y una periferia precarizada.

¿Cuál es entonces, la función de estos discursos paradigmáticos? En tanto que teorías de la convergencia hacia la armonía industrial, ha consistido básicamente en la reactivación de los presupuestos teóricos de la sociedad industrial durante los años ochenta y noventa lo que puede considerarse a la vez como reflejo y refuerzo del ambiente conservador del tiempo actual.

Referencias bibliográficas:

- ARON, R.(1971), *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*, Seix Barral, Barcelona.
- ATKINSON, J.(1986/87), *Flexibilidad de empleo en los mercados laborales*, en Zona Abierta Núm. 41-42, pp. 1-43.
- BILBAO, A. (1993), *Obreros y ciudadanos*, Trotta, Madrid.
- BLAUNER, R.(1964), *Alienation and freedom*, University of Chicago Press, Chicago.
- BRAVERMAN, H.(1978), *Trabajo y capital monopolista*, Nuestro Tiempo, México.
- CASTILLO, J.J. y otros (2000), *La sociología del trabajo en España entre dos siglos*, en Sociología del Trabajo Núm. 39, pp. 111-134.
- GOLDTHORPE, J.(1991), “*Orden y conflicto en el capitalismo contemporáneo*”, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- HYMAN, R. (1994), *Plus ça change? La teoría de la producción y la producción de la teoría*, en POLLERT, A.(ed.), *¿Adiós a la flexibilidad?*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- IRANZO, J.M. y BLANCO, R.(1997), *Donde reside el trabajo. Cómo hacer una revista española de sociología del trabajo*, en Sociología del Trabajo Núm. 31, pp. 121-147.
- KERN, H. y SCHUMANN, M.(1988), *El fin de la división del trabajo*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid.
- KERR, C.; DUNLOP, J.; HARBISON, F. y MYERS, CH.(1967), *El industrialismo y el hombre industrial*, EUDEBA, Buenos Aires.
- KORSCH, K.(1975), *Karl Marx*, Ariel, Barcelona.
- MALLET, S.(1973), *La nueva condición obrera*, Tecnos, Madrid.

- PIORE, M. y SABEL, Ch.(1990), *La segunda ruptura industrial*, Alianza, Madrid.
- PRIETO, C.(1992), *Cambios en la gestión de mano de obra: interpretaciones y crítica*, en *Sociología del Trabajo* Núm. 16, pp. 77-101.
- TOURAINE, A.(1970), *Los trabajadores y la evolución técnica*, Nova Terra, Barcelona.
- (1972), *El nacimiento de las sociedades industriales*, en AA.VV., *Civilización técnica y sociedad de masas*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires.
- WALRAFF, G.(1987), *Cabeza de turco*, Anagrama, Barcelona.
- WOODWARD, J.(1958), *Management and technology*, en BURNS, T. (ed.) (1969), *Industrial Man*, Penguin, Harmondsworth.
- WOMACK, J.P., JONES, D.T. y ROOS, D.(1992), *La máquina que cambió el mundo*, McGraw-Hill, Madrid.